

Teresa de Jesús. Siete claves esenciales

RESUMEN

Teresa de Jesús es maestra de vida cristiana, a la vez que una insigne pedagoga tanto de santos como de sabios. Su espiritualidad, caracterizada por un cristocentrismo existencial, una hondura religiosa y un crecimiento progresivo, continúa guiando la vida de distintos seres humanos. Muchas son las claves teológicas que se ensamblan en su rica oferta espiritual. Este artículo trata de recordar siete de ellas: la oración, la humildad, la misión, el trabajo, la fe, el recogimiento y la fraternidad. Recordarlas en el V Centenario de su nacimiento supone brindar un sincero homenaje a una mujer de letras que quiso ser andariega para comunicar por doquier el mensaje evangélico (mensaje de perdón, de libertad y de amor).

PALABRAS CLAVE: Experiencia, oración, humildad, misión, trabajo, fe, recogimiento, fraternidad.

ABSTRACT

Teresa of Jesus is a master in christian life, and at the same time a distinguished pedagogue both of saints and wise. Her spirituality, characterized by an existential Christo-Centrism, a religious depth and a progressive growth, goes on guiding the life of different human beings. Many theological keys are assembled inside her rich spiritual offer. This article tries to remember seven of them: prayer, humility, mission, work, faith, retreat and brotherhood. To remember them in the V Centenary of her birth supposes to dedicate a sincere tribute to a woman of letters who wanted to be a rambler in order to communicate the Evangelical message everywhere (message of forgiveness, freedom and love).

KEY WORDS: Experience, prayer, humility, mission, work, faith, retreat, brotherhood.

Celebrar 500 años del nacimiento de Teresa de Jesús es una oportunidad de oro para dar gracias a Dios por lo que hizo y por lo que dijo a través de la Santa de Ávila. Andariega como pocas, esta mística castellana sigue estando muy viva hoy. Podemos decir que sigue «andando» entre nosotros, a través de sus escritos¹ y por medio de sus hijos e hijas espirituales.

Teresa de Ávila ha experimentado y ha transmitido lo mejor que un ser humano puede ser capaz de asimilar: la vida del propio Dios. Su gran capacidad comunicativa hace que podamos entenderla en seguida. Es fácil seguirla. Primero, porque habla desde el corazón. Segundo, porque quiere llegar a nuestro propio corazón, para ponerlo en contacto directo con el mismísimo corazón de Dios.

Doctora de la Iglesia, maestra de oración y pedagoga de la vida espiritual, Teresa tiene (todavía) mucho que decir al hombre y a la mujer del siglo XXI. El tiempo en el que a ella le tocó vivir fue tiempo recio, y los nuestros no lo son mucho menos. Basta acercarse cualquier día al tremendo escaparate que nos presentan los distintos medios de comunicación social. Es en medio de tantas palabras donde las palabras autorizadas de Teresa se transforman en orientación fiable para llevar a buen puerto al hombre y a la sociedad de nuestros días.

Teresa es patrona de los escritores católicos españoles. El título le fue otorgado por el Papa Pablo VI el 18 de septiembre de 1965. Es conocido que el Breve en el que así se la denomina lleva por título «*Lumen Hispaniae*» —Luz de España—. Así llama Pablo VI a Teresa de Jesús. Patrona de escritores e insuperable escritora, es experta a la hora de explorar los vericuetos más insólitos del alma humana, así como en el momento de testificar la acción de Dios en lo más profundo del hombre. Es habilísima con los recursos literarios y maestra a la hora de manejar con soltura el género de la analogía literaria².

1 Las obras de Santa Teresa de Jesús citadas en este artículo aparecen indicadas mediante las siguientes abreviaturas: C=Camino de perfección; CE=Camino de perfección de El Escorial; Conc=Conceptos del amor de Dios o Meditaciones de los Cantares; Const=Constituciones; CV=Camino de perfección de Valladolid; E=Exclamaciones; F=Fundaciones; M=Moradas o Castillo Interior; P=Poesías; V=Libro de la Vida.

2 Quedan recogidos los símbolos principales a los que acude la pluma teresiana en Urbano, L., *Las analogías predilectas de Teresa de Jesús*, Ed. Real Convento de Predicadores, Valencia 1924.

Teresa aborda muchos o casi todos los capítulos y temas de la doctrina católica. Centrales son su tratamiento de la fe, del Misterio de Dios, del Misterio de Cristo, del Misterio de la Iglesia y del Misterio de la Salvación. Esto queda evidenciado explícitamente en el n° 11 de la *Declaración del promotor general de la fe*, Fr. Rafael Pérez, O.S.A., cuando solicita al Papa Pablo VI la inclusión de la Santa en el prestigioso catálogo de los Doctores de la Iglesia Universal³.

Teresa es maestra siendo una mujer de cultura no excesivamente superior a los tiempos y a la sociedad en la que vivió. No obstante, resolvió de forma sorprendente y maravillosa cuestiones debatidas ampliamente, referidas a puntos como la génesis de la ascética y la mística, la oración contemplativa... Siempre estuvo asistida e inspirada tanto por su ingenio natural como por su personalísima experiencia. Teresa, empapada completamente por la vivencia del misterio de Dios, dice lo que dice desde una riquísima experiencia personal del mismo. Su vivencia acierta a narrar lo que otros teólogos y doctores no lograron poner por escrito⁴. De todas las claves religiosas y espirituales que nos ha dejado, hemos seleccionado siete: oración, humildad, misión, trabajo, fe, recogimiento y fraternidad⁵. Intuimos que no son todas las importantes, aunque estamos persuadidos de que todas ellas sí son más que decisivas.

1. ORACIÓN⁶

La mejor lección entre las grandes lecciones que nos enseña Santa Teresa es precisamente la lección de la oración⁷. Mu-

3 AA.VV., *Santa Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia. Documentos oficiales del Proceso Canónico*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 1970, p. 258 y 259.

4 Se ve en el apartado «Juicio de los teólogos censores» (del 2º): *ibid.*, p. 228 y 229.

5 Hemos intentado localizar cada una de estas claves en las distintas obras de Teresa. Para ello nos hemos servido de Astigarraga (Ed.), J. L., *Concordancias de los escritos de Santa Teresa de Jesús (2 vols.)*, Ed. O. C. D., Roma 2000. Su biografía queda estudiada y sintetizada en de Pablo Maroto, D., *Biografía de Teresa de Jesús. Mujer, fundadora y escritora*, Ed. Espiritualidad, Madrid 2012. También, con una buena ordenación de cronología y de acontecimientos vitales-fundacionales destacados, en De la Madre de Dios, E., *Teresa de Jesús*, Ed. BAC popular, Madrid 1982. Las claves espirituales de la santa pueden explorarse en Herraiz, M. *Sólo Dios basta. Claves de la Espiritualidad Teresiana*, Ed. Espiritualidad, Madrid 1982.

6 Cf. Álvarez, T. «Voz Oración», en Álvarez, T. (Dir.), *Diccionario de Santa Teresa. Doctrina e historia*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2002,

jer de profunda oración cristiana, es para los cristianos una guía segura a la hora de enseñarnos cómo entrar en relación con aquel que sabemos que quiere salvarnos. Nos dice que la oración es, ante todo, un encuentro⁸. No es amiga de oraciones extrañas, de plegarias alejadas de la realidad. La oración para ella es, ante todo, oración del corazón. Es la disciplina que la lleva hacia lo auténtico. En esta misma línea, indica Esquerda Bifet que en ella «la vida de oración es un proceso de autenticidad»⁹. La oración nace de lo más auténtico y radical de uno mismo y está destinada a transfigurar eso que define lo mejor y lo más interior de la persona. Ama la sencillez, por lo que no importa excesivamente que este corazón no acierte con las palabras adecuadas. Dios lo ve todo y, como advierte la Santa, «no es amigo de que nos quebrems la cabeza» (C 50,2).

Orar significa poner en práctica lo mejor de la amistad¹⁰. El orante sabe que tiene un Amigo, y disfruta por ello. Acontece cuando el orante se abre de par en par a su Dios. La atmósfera más idónea valora el «estar a solas con Dios» (V 6,2). «No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (V 8,5). Aquí tienen un puesto decisivo la soledad¹¹ y el silencio.

pp. 484-490; Sancho Fermín, F. J., *Orar con Santa Teresa de Jesús*, Ed. Desclee de Brouwer, Bilbao 2014; De Pablo Maroto, D., *Teresa en oración. Historia, experiencia, doctrina*, Ed. Espiritualidad, Madrid 2004.

7 Es verdad que ella es toda una pedagoga de la oración, como se plasma en Márquez, M., «Teresa: pedagogía de la oración», en Sancho Fermín, F. J. - Cuartas Londoño, R. H. (Coords.), *El Libro de la Vida de Santa Teresa de Jesús: Actas del I Congreso Internacional Teresiano*, Ed. Monte Carmelo, Ávila 2010, p. 587-604.

8 Se trata de un encuentro con el Dios amigo, que presupone —en el orante— la conciencia del estar habitado por Dios. El Dios encontrado en la oración es el Dios que a todos ama, el Dios que nos transforma, el Dios que siempre está presente, el Dios que no deja de regalarnos, el Dios que nos enriquece... Ante esto es menester abrimos al verdadero amor de Dios, confiar en el Dios amigo, orar con gran ánimo y confiar constantemente en la bondad de Dios (cf. Sancho Fermín, F. J., *Orar con Santa Teresa de Jesús...*, p. 114-120).

9 Esquerda Bifet, J., *Dimensión misionera de la oración en Santa Teresa de Ávila: Teresa de Jesús. Su vivencia eclesial y misionera. En el IV Centenario de su muerte*, Ed. Facultad de Teología, Burgos 1981, p. 133.

10 Exhortamos a leer sobre este particular el sugerente libro Herraiz, M., *La oración hogar de amistad*, Ed. Sígueme, Salamanca 2007.

11 Soledad porque su Majestad «enseña que sea a solas; que así lo hacía Él siempre que oraba, y no por su necesidad sino por nuestro enseñanza

Orar para Teresa significa, también, agradecer. Agradecer lo mucho que Dios ha hecho en ella y lo mucho de lo que Dios la ha protegido y librado. Sí, Teresa es muy consciente de que Dios la libró para que del todo no se perdiese (cf. V 2,6). Su sincera acción de gracias reconoce, incluso, el bien recibido y vivido en su misma infancia. Esto despierta en la Teresa adulta las ganas de volver a «la verdad de cuando niña» (V 3,5), retornando al trato limpio con el Dios que le es cercano. Agradece la eficacia de la oración, pues a Dios «nadie le tomó por amigo que no se lo pagase» (V 8,5). Agradece a Dios todos sus dones. Pide a sus lectores que conozcan los bienes que Dios les ha dado, admitiendo que «si no conocemos que recibimos no despertamos a amar» (V 10,4). A esto están llamados los orantes, los «amigos fuertes de Dios» (V 15,5), admitiendo que se trata de una necesidad cuando los tiempos en los que se vive son «tiempos recios». La Santa expresa, además, su dolor personal por no haber agradecido suficientemente los favores que Cristo le hizo (cf. V 9,1).

Teresa comprende que Dios «favorece a los que se hacen fuerza para servirle» (V 4,2). El esfuerzo y la determinación son determinantes en esta senda¹². A conseguirlos ayuda un maestro o persona que avise de huir de las ocasiones en los principios y que haga salir de ellas, si el orante entra, con brevedad (cf. V 4,9). Él favorece la adquisición de una serie de actitudes que son imprescindibles¹³ en la vida cristiana. Si alguien tiene oración con voluntad el Señor lo sacará de pecados, tentaciones y caídas llevándolo a puerto de salvación (cf. V 8,4). Se irá acostumbrando poco

miento» (C 24,2-3). Sobre la comprensión teresiana de la soledad recomendamos Jiménez Duque, B., «La soledad en S. Teresa», *Revista de Espiritualidad* 14 (1955) 356-372.

12 Estamos ante una determinación que Teresa «opone a las «determinacioncillas» de los que inician el camino de la perfección sin entregarse del todo en el intento. Una determinación definitiva de no tornar atrás, dándose con determinación de nunca tornárselo a quitar. Una determinación realista que pone los medios requeridos para su mantenimiento, como el tiempo dedicado a su cultivo, un tiempo con el pensamiento libre y desocupado de otras cosas» (Martín Velasco, J., *Testigos de la experiencia de la fe*, Ed. Narcea, Madrid 2002², p. 132).

13 Entre estas actitudes aparecen el amor de unos con otros, el desasimiento de todo lo criado y la verdadera humildad. Se viven asociadas a otras disposiciones interiores vinculadas con la determinación, el compromiso, los deseos de servir, el cultivo de la verdadera amistad, las ganas de unir la propia voluntad con la de Dios, la forja de la paz interior, el convencimiento de la primacía del amor... (cf. Sancho Fermín, F. J., *Orar con Santa Teresa de Jesús...*, p. 127-133).

a poco a la unión con Dios (esa realidad frente a la cual todo lo demás es secundario o incluso insignificante, como indica Walker Lowry)¹⁴. A esta unión contribuye el ejercicio oracional, que es visto como acontecimiento existencial¹⁵.

A Teresa el símbolo bíblico del agua le sirve para crear una bonita alegoría en torno al crecimiento de la vida oracional, con sus etapas. La mística asegura que nuestra alma es como un huerto, y que existen cuatro modos de regarlo. El huerto es el alma, el dueño del huerto es Dios, el riego es la oración y el hortelano es el orante¹⁶. La metáfora preciosa aparece comentada por la misma Santa en su *Vida* (V 11,9; V 14,1; V 16,1; V 18,9). Teresa habla de «grados de oración»¹⁷. Aluden a la posibilidad de crecimiento en la relación que el hombre vive con su Dios. Este crecimiento oracional puede medirse en la vida del orante, así como en la relación recíproca de amistad entre el hombre y el Dios al que ora. Los grados de oración se enlazan a niveles de amistad o de vida, en los que se entrecruzan los grados de oración que dependen del orante humano (oración ascética) y los grados superiores que derivan de la misteriosa iniciativa del Amigo divino (grados místicos). Se integran los esfuerzos naturales con los dones sobrenaturales. El P. Tomás Álvarez recoge cuatro textos teresianos en los que la Santa expone su visión de la gradatoria oracional.

En su libro de la *Vida* habla de «cuatro grados de oración, en que el Señor, por su bondad, ha puesto algunas veces a mi

14 «And what, pray, is this union, this unique experience which is said to justify a lifetime of effort with no assurance whatever that the effort will produce its anticipated reward? Here, alas, is where language fails and Teresa can say is that ecstasy of union is like an excruciating pain but a pain that is greatly to be desired, that it is terrifying but consoling, that it is ruthless, irresistible, overwhelming, and, most important of all, that it works a total transformation of living. Union is the experience which makes every other experience insignificant» (Lowry, W., *The Doctrine of Teresa de Jesús*, Ed. W. L., Genève 1984, p. 33).

15 Dobhan, U. «El mensaje teresiano ante el siglo XXI», en Ros, S. (Coord.), *La recepción de los místicos Teresa de Jesús y Juan de la Cruz*, Ed. Universidad Pontificia – Centro Internacional Teresiano-Sanjuanista, Salamanca 1997, p. 244.

16 Estas metáforas aparecen comentadas con sencillez en el *Fascículo Orar* nº 210, publicado por la Ed. Monte Carmelo, dedicado a «Un año en tu huerto interior».

17 Basamos nuestra exposición de estos grados Álvarez, T. (Dir.), *Diccionario de Santa Teresa...*, p. 323-326.

alma» (V 11,8). La Santa centra su atención en los grados místicos y despliega sus explicaciones desde los símbolos del jardín y el riego. Jardín es el alma, Dueño del jardín es el Señor, y riego del jardín es la oración. Hay diversas maneras de regar o distintos niveles oracionales. Unos se deben al hortelano (orante humano, en el 1º grado de oración); otros a la misteriosa intervención del Dueño supremo del huerto (2º, 3º y 4º grados). El 1º habla de la oración ascética; el 2º del ingreso esporádico en la oración mística; el 3º de los distintos modos de la oración fuerte (preextática, con sueño de potencias); el 4º de la mística unión (con la unificación de toda la actividad mental). La prueba de que el orante ha pasado por estos grados se mide en su propia vida cotidiana, así como en la experiencia amistosa que este tiene con el Amigo divino.

Los niveles oracionales en *Camino* se presentan de forma más divulgativa y pedagógica. Con el deseo de formar a almas entusiastas de la vida contemplativa, al tiempo que inexpertas en la senda de la oración profunda, la Santa de Ávila diseña un plan de vida oracional fijándose en tres epígrafes: oración vocal, oración mental y contemplación. No estamos ante un esquema cerrado, con fases perfectamente definidas y sucesivas; de modo que en plena oración vocal es posible que sobrevengan momentos de auténtica contemplación (cf. CV 25,1; 30,7). Por lo demás, nunca existirá verdadera oración vocal si no existe la componente de la atención mental. Teresa recomienda a los principiantes, ante todo, la oración vocal, la iniciación en la oración mental y el aprendizaje del recogimiento; advierte a las hermanas que el don de la contemplación queda reservado a quien el Señor quiera concederlo (cf. C 17,1).

La etapas en *Relación 5* evidencian que la Santa da respuesta a uno de los consultores de la Inquisición que le pide comparecer en Sevilla. Algunas preguntas del inquisidor son impertinentes (R 5,21-24). En este contexto la Santa enumera los grados o fenómenos místicos que interesan al inquisidor, y que son: entrar a experimentar la misteriosa presencia de Dios, recogimiento infuso de la mente, quietud y paz de la voluntad, sueño (que llaman) de las potencias, éxtasis y arrobamientos (con suspensión de todas las potencias), vuelo del espíritu, ímpetus de amor y heridas de amor.

Finalmente en *Moradas* Teresa despliega el camino del desarrollo espiritual desde el hecho de ser hombre y de tener alma

con capacidad de lo divino (morada 1ª) hasta la plenitud de la gracia y del servicio a los demás (morada 7ª). Existen tres grados iniciales de oración ascética (moradas 1ª, 2ª y 3ª) y otros tres grados de oración puramente mística (moradas 5ª, 6ª y 7ª). La morada 4ª es el puente, o el grado o el momento de transición entre la primera triada y la segunda triada. Aquí los niveles de vida espiritual y los grados de oración van emparejados: el 1º habla de oración rudimentaria; el 2º reconoce los inicios de la auténtica oración meditativa; el 3º capta la normalización de la meditación y la estabilidad de la vida espiritual; el 4º alude a la simplificación y estabilidad en la meditación, con intervalos de quietud infusa de la voluntad; el 5º vislumbra el comienzo de la oración de unión; el 6º se caracteriza por ser el período de la oración extática, rica y generosa en todo género de gracias místicas; y, finalmente, el 7º se identifica como el grado de la unión plena, de la plena conformidad con la voluntad de Dios, de la misteriosa unión con Él, de la experiencia de inhabitación trinitaria, de la experiencia esponsal de Cristo Señor, de la adultez del orante, de su *metanoia* de actitudes psicológicas y teológicas, de la plena configuración con Jesús y de la total disponibilidad al servicio de los demás.

Al lado de todo lo apuntado, es preciso poner sobre la mesa que Teresa invita a ser constantes en la oración; constancia que no entiende como pesadez espiritual o como dinámica machacona. Lo que Teresa propugna es un crecimiento en el enseñorearse de sí mismo, en el acostumbrarse a la atención a las cosas interiores y de Dios. Si el orante quiere puede no apartarse nunca de tan buena compañía (C 28,7).

2. HUMILDAD¹⁸

¿Para qué sirve la humildad? La humildad nos habilita para confiar en Dios. Estamos ante una virtud que podemos aprender mirando a Jesucristo (CE 19,2), a los santos (1M 2,11) y a la virgen María (Conc 6,7). En palabras de D. Baldomero Jiménez Duque, la humildad es la virtud en la que se centra toda la

18 Cf. Malax, F., «Voz Humildad»: Álvarez, T. (Dir.), *Diccionario de Santa Teresa. Doctrina e historia*, p. 346-350; del Puerto, Mª., «Humildad, verdad en camino», *Revista de Espiritualidad*, 278 (2011) 53-81; Laurier, J.-M., «Andar en humildad. La experiencia espiritual de santa Teresa de Jesús y la teología de la justificación», *Monte Carmelo*, 113 (2005) 25-38.

ascética de la espiritualidad teresiana. La Santa insiste en ella mediante una especie de santa obsesión, que ha de estar presente en todo el itinerario espiritual del cristiano. Exige el desasimio de lo criado. Es la base y el cimiento de todo el edificio espiritual. Es indispensable para vivir psicológicamente el verdadero amor. Da seguridad en las dificultades del camino de la perfección. En la espiritualidad de Teresa es la virtud principal, amiga de la serenidad y del reconocimiento sencillo de los dones venidos de Dios¹⁹.

La humildad otorga seguridad al edificio de la vida cristiana. Se acompaña del justo conocimiento de la realidad; nos capacita para conocer la verdad desnuda de las cosas, del mundo y de nosotros mismos. Si no existe en la vida espiritual existe el riesgo de promover falsedades o de fundar la vida espiritual sobre la arena. Con la humildad alcanzamos el cielo sin abandonar la tierra. Con ella reconocemos admirablemente la grandeza de cada ser humano, creado a la imagen y a la semejanza del mismísimo Dios. Con ella no nos asustamos; más bien nos urge a desenmascarar miserias, a mirarlas de frente y a aceptarlas sin perder la paz interior. Con ella valoramos las insoslayables limitaciones humanas como lugares capaces de acoger el amor y la misericordia de Dios. Con ella vamos por la vida sin máscaras, aceptando y asumiendo nuestra espléndida identidad interior, que no deja de ser finita (tal vez flaca y ruin [V 7,22; 3M 1,3]), pero que se mantiene infinitamente abrazada y querida por Dios. Esta virtud nos capacita para no quedarnos en la superficie, y para aprender en los sótanos del alma la lección de la compasión divina²⁰.

Humildad es andar en verdad (6M 10,7) y por eso la espiritualidad de Teresa promueve incesantemente un ejercicio de autenticidad existencial. Lo que ella quiere para ella y para sus monjas es, precisamente, que se viva auténticamente el seguimiento de Jesucristo y del Evangelio que nos ha transmitido. La humildad es decisiva dentro del modelo espiritual teresiano. Es la virtud principal que abraza todas las virtudes (cf. C 4,3-4).

Es evidente que la humildad tiene riesgos de ser malinterpretada; necesitamos apuntar que la Santa no quiere llamar

19 Cf. Jiménez Duque, B., *Encuentros Teresianos*, Ed. Morata, Madrid 1983, p. 41-43.

20 Cf. Mas Arrondo, A., *Acercar el cielo. Itinerario espiritual con Teresa de Jesús*, Ed. Sal Terrae, Santander 2004, p. 105-110.

humildad a lo que es soberbia, ni tampoco a lo que esconde cobardía o incluso encogimiento. Teresa sabe que el que está detrás de esto es el mismísimo demonio (cf. V 19,10.11.15). Ésta es la razón por la que la Santa sabe discernir lo que es falsa humildad de lo que es verdadera humildad. La falsa está acompañada de desasosiego, de inquietud, de alboroto en el alma, de sequedad, de mala disposición para la oración, de fijación en la justicia divina... La verdadera viene relacionada con el regalo, con la quietud, con la suavidad, con la luz, con el ensanchamiento de misericordia²¹.

Cuando la persona se va acercando más y más a Dios, entonces ha de ir creciendo más y más en humildad. Sino «va todo perdido» (V 12,4; V 22,11; 7M 4,9). ¿Y qué se pide al cristiano para que su humildad madure de forma sana? Ciertamente se precisa que el hombre se sincere consigo mismo; que haga un hondo y detallado examen de conciencia. Necesita autoexplorarse con atención y con verdad. Así llegará a captar cuál es su peso y cuál es la medida de su propia realidad. Se disolverán imágenes fatuas, proyecciones irreales, quimeras ajenas a la propia identidad del sujeto. La humildad acaba casi identificándose con la verdad y con la realidad. Esto agrada a Dios y nos ayuda a reconocer serenamente nuestra limitación existencial (marcada por la miseria y por la nada)²².

Aprender la humildad en la escuela de Teresa lleva consigo afinar la percepción espiritual a la hora de llegar al propio conocimiento. ¿Y dónde aprendemos a ser humildes? Junto a Cristo. Secundino Castro patentiza la tendencia de Teresa a «cristificar todo». Siguiendo su lógica interna, es en Cristo donde aprendemos a ser humildes²³. ¿Y por qué? Pues, porque Cristo es la suma Verdad (6M 10,6). Cristo es el mejor maestro de humildad, el maestro auténtico para crecer en esta virtud esencial. Teresa nos invita a centrarnos en Él: «pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien, y allí aprenderemos la verdadera humildad» (1M 2,11).

21 Cf. Malax, F., op.cit., p. 349-350. Se complementan nuestras reflexiones en Herraiz, M., *A zaga de tu huella. Escritos teresianos y sanjuanistas*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001, 249-267; Beaudoin, A., «L'humilité chez Sainte Thérèse d'Avila», *VieThér.* 7 (1967) 137-144.

22 Cf. Castro, S., *Ser cristiano según Santa Teresa*, Ed. Espiritualidad, Madrid 1981, p. 317.

23 Cf. ibid.

La vida de Cristo nos enseña esta virtud imprescindible. Nos ayuda a convencernos de que no merecemos ninguna alabanza. Nuestro ideal es Cristo; aquel que siendo la inocencia misma fue injustamente despreciado y olvidado. Junto a Él se disipa cualquier delirio de grandeza, más o menos latente en la conciencia del cristiano. Comulgar con Él en su vida de humillaciones nos capacita a vivir en la verdadera justicia. Justicia y padecimiento, en Cristo, no son realidades enemigas ni distantes. Indica Teresa que «nunca estamos sin culpa del todo» (CE 22,4), por lo que no hemos de inquietarnos cuando participamos de los sufrimientos de Cristo. Estos sufrimientos nutren, además, nuestra humildad.

La humildad nos educa para dar a Dios lo que es suyo y a nosotros lo que es nuestro. Así, las almas y las personas nos conformamos con el Esposo (6M 10,7-8). Partiendo de este *background* teológico, la humildad teresiana alberga en sí un dinamismo sorprendente. En Teresa la humildad no es una virtud estática. Genera el despliegue armónico de nuestras potencialidades y capacidades humanas; un despliegue que se sabe mantenido y sostenido por el mismo Dios, nutriente de dicha humildad. Lejos queda esto de la pusilanimidad. La querida y practicada por Teresa es la humildad que no se asusta, y que por eso es amiga de la osadía santa, de la santa presunción y del fortalecimiento en la virtud²⁴. Nos pide amar los caminos de Dios, no fiarnos de nosotros y obedecer²⁵.

El crecimiento en humildad es un camino directamente proporcional al conocimiento contemplativo de Dios. Cuando una creatura tiene contacto con la grandezas de Dios, cuando es consciente de su miseria, entonces no alza los ojos a Dios como el publicano (7M 3,14). Dios es feliz (y generoso) cuando tiene delante a una persona humilde; a la persona auténtica y humilde la ensancha la misericordia de Dios (V 30,9).

Cuando reconocemos, mediante la humildad, los dones innumerables que hemos recibido de Dios no podemos por menos de ser agradecidos. A vivir en la humildad nos enseña la Virgen humildísima; también la aceptación creyente de las humillaciones, así como las gracias que Dios va derramando a lo largo de

24 Cf. Herraiz, M., *Discernimiento espiritual en Teresa y Juan de la Cruz*, Ed. Frontera. Instituto Teológico de Vida Religiosa, Vitoria 2008, p. 71 y 72.

25 Cf. Malax, F., *op.cit.*, p. 347.

toda nuestra andadura espiritual. La meta será una humildad ligada a la magnanimidad, a la confianza, al abandono filial, a la libertad, a la valentía y al sincero deseo de cumplir solo la voluntad de Dios y de buscar el bien de los hermanos²⁶.

Completemos lo expuesto aludiendo a que la virtud de la humildad, en el universo espiritual teresiano, está intrínsecamente vinculada a la virtud del amor; por eso dice la Santa: «no puedo yo entender cómo haya ni pueda haber humildad sin amor, ni amor sin humildad» (C 16,2). Tiene su maestro en el mismísimo Jesucristo, amigo de la paz y de la verdad. Tiene su estrategia primordial en el dejar hacer a Dios. Mediante la humildad el cristiano no se siente apocado, sino entusiasta, confiado y alegre²⁷.

3. MISIÓN²⁸

La misión de Teresa consiste en llevar adelante la misma misión de Cristo. Ya siendo niña, con 6 años, quiere marchar con su hermano Rodrigo a tierra de moros para ofrecer su vida por la noble causa del evangelio y para morir mártir (V 1,4). Ser misionero, para ella, significa transmitir a otro lo que uno previamente ha encontrado. Lleva a abrirle al otro los ojos ante su futuro. Cree en la misión que se ocupa de los de cerca y de los de lejos (los indios); es una misión que defiende la dignidad del hombre.²⁹ Una misión que lleva al hombre de la plataforma de lo transitorio al paraíso anhelado de la eternidad. No es algo etéreo; nace de los problemas de los individuos concretos, a los que hay que poner una solución³⁰. Es una misión motivada y alentada por el trabajo que otros ya están llevando a cabo. Crece en la oración, ya que se va descubriendo y profundizando en ella. Se vigoriza ante las situaciones de persecución por las que han tenido que pasar algunas instituciones eclesíásticas³¹...

El anhelo profundo de Teresa es ganar almas para el Señor, de manera que la salvación que viene de Dios llegue a realizar-

26 Cf. Jiménez Duque, B., *Encuentros Teresianos...*, p. 41-45.

27 Cf. Malax, F., op. cit., p. 347-348.

28 Cf. Garrido, J. M., «La misión en las cartas de Santa Teresa», *Revista de Espiritualidad*, 61 (2002) 255-321; Esquerda Bifet, J., *Dimensión misionera...*

29 Cf. Garrido, J. M., «La misión en las cartas»..., p. 256ss.

30 Cf. ibid., p. 259.

31 Cf. ibid., p. 260-265.

se efectivamente en la vida de todos los hombres. Teresa pide a Dios que tenga lástima y compasión de «tantas almas como se pierden» (C 3,9). Nos llama la atención el celo misionero de Teresa cuando, tras las noticias que le llegan de las Indias, en la carta del 17 de enero de 1570 le responde a su hermano Lorenzo que esos indios no le cuestan tan poco. Teresa tiene una mirada muy limpia sobre la realidad y es una buena conocedora de las necesidades por las que atraviesa el siglo XVI, el que fue testigo de su ser y de su hacer. Ante tantas heridas abiertas recuerda a sus hermanas que «no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia» (C 1,5). Más bien les sugiere que se aficien al bien de las almas, y al aumento de la propia Iglesia (cf. F 1,6). Es como si la Santa quisiera contagiar el tremendo amor que porta; sus palabras enseñan que la persona que ha probado y está empapada del agua viva de Dios querría que bebiesen los otros (cf. V 30,19).

La Santa recomienda la disponibilidad apostólica y el celo incondicional para que se lleve a cabo el plan salvífico de Dios. Se trata de un Dios que quiere a todos sus hijos y «a nadie quitó procurase venir a esta fuente de vida a beber» (C 20,1). La misión ha de servirle a Él y también al prójimo (cf. Conc 7,3). La Iglesia lleva adelante esta misión, y por su favorecimiento la Santa pide a sus monjas oraciones, deseos, disciplinas y ayunos (cf. C 3,9).

Un análisis lúcido y sereno llega a captar de forma admirable cómo la misma oración de Teresa de Ávila posee en sus entrañas una espléndida dimensión misionera. El celo apostólico teresiano atraviesa hábilmente su ser, su andar, su obrar, su decir y —por supuesto— su orar. Esto lo ha estudiado con la competencia a que nos tiene acostumbrados Mons. J. Esquerda Bifet³². Asegura que Teresa ni practica ni recomienda una oración surtidora de gustos subjetivos sublimes; ella es, más bien, amiga de colaborar (mediante su oración) con los planes salvíficos de Dios. La oración Teresiana quiere ser eficazmente misionera, ya que está «ardiendo el mundo», ya que «quieren tornar a sentenciar a Cristo», ya que «quieren poner su Iglesia por el suelo» (C 1,5). Teresa reacciona mediante la manifestación de una sensibilidad realmente despierta. Lo que ella anhe-

32 Nos inspiramos en Esquerda Bifet, J., *Dimensión misionera...*, para desarrollar esta sección de nuestro artículo.

la, más allá de las dificultades reales que encuentra la transmisión del evangelio de Jesucristo, es que las almas conozcan a Dios y así se salven. Estaría dispuesta a «dar voces» (V 20,25), porque realmente tiene «grandes ansias» (V 12,4) de que las almas se engolosinen «de un bien tan alto» (V 18,8).

Siendo «hija de la Iglesia», comenta la Santa que es preciso «pedir a su Majestad mercedes y rogarle por la Iglesia» (V 15,7). Así como la Iglesia tiene una presencia universal, con una misión universal, el celo apostólico de la Santa no tiene límites en ningún horizonte que se presente acotado por fronteras mezquinas. Invita a creer firmemente lo que tiene la Santa Madre Iglesia, para ir con seguridad por buen camino (cf. C 21,10).

Sueña Teresa con predicar el Evangelio a los que más lo necesitan, a los que más lejos se hallan de la fe... No estamos aquí ante un deseo tibio o de baja intensidad; estamos ante un grito emitido desde lo más hondo de su ser, ya que tiene «grandes ansias» y quisiera dar «grandes voces» (V 12,4; 20,25). Es verdad: Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tm 2,3-4). Teresa también lo quiere, y por eso tiene una inclinación tremendamente misionera. Teresa desea que todos conozcan y experimenten a Dios, porque ella es muy consciente de que «no se contenta el alma con menos que con Dios» (V 29,13). Esto redundaría en que la misma mística no se conforme con convertir a una o dos o tres personas; su empresa misionera tiene miras altas, con el deseo de extender la caridad por todos los lugares, y superando todas las fronteras. Su caridad es sin fronteras; sin fronteras a la hora de unirse con Dios y sin fronteras a la hora de buscar el bien de los hermanos. Sí, decimos hermanos porque en Teresa la categoría de misión se vincula a la de fraternidad. Asegura... «y pensar que estos que se condenan son hijos suyos y hermanos míos» (5M 2,11). Ante un hermano cuyo destino no parece ser el más halagüeño, ¿cómo no movilizarse?

El buen misionero, el que busca contentar más a Dios, es el que quiere servir. Se olvida de sí mismo pretendiendo el bien de los hermanos, y aprovecha mucho (Conc 7,5). Ganar un alma es algo grande; una realidad que despierta en Teresa más estima que el mismo martirio (F 1,7). Incluso, aunque no se ganara el alma completamente, con un poco de conversión en ella ya merecería la pena: sí, aunque sólo se consiguiera que «un

alma os alabe (a Dios) un poquito más» (6M 6,3-4). La manera de ganar las almas para Cristo pide mirar el modo como lo hizo el propio Señor. Teresa pide mirar a Cristo y, más concretamente, mirar a su «sagrada humanidad» (V 12,2). Contemplándole a Él y contemplando a su humanidad emergerán de manera automática los intereses de Cristo, que pasan a ser los intereses del propio misionero.

La misión propia de Teresa, tanto ayer como hoy (ojalá también mañana), es transmitir el mensaje de la oración. El mismo Pablo VI lo anunció cuando la proclamó Doctora de la Iglesia³³. La de Teresa es una «misión unitiva». Trata de unir a las personas, promoviendo la unión de éstas con Dios. Pareciera que anhela desarrollar el programa cristalizado en Jn 17,21. El mensaje que ella proclama en su misión es el mensaje de la unión; una unión que quiere poner remedio a un mundo desunido, a un mundo que «está ardiendo» (C 1,5) precisamente a causa de esa desunión. En este remedio se encuentra el verdadero bien de las almas. Se trata de estar unidas a otras almas, sin tener ningún tipo de limitación. Es preciso, para ello, que el ser humano se olvide de sí mismo (F 5,10), para que hable el amor (cf. V 34,8). Esto contribuye al buen ambiente en la sociedad, al tiempo que evita que Dios sea ofendido por no ser estimado ni obedecido (cf. 5M 2,10). En medio de las llamas de las dificultades contrarias al Reino de Cristo, Teresa pide auxilio a Dios: «atajad este fuego, Señor, que si queréis podéis» (C 35,4). Y es que cuando no puede arreglarse con obras, se podrá con oración (F 5,5).

Cuando en la misión surjan dificultades, el misionero ha de mirar los padecimientos del propio Cristo (V 26,3), el amigo verdadero (V 22,6). Esta mirada se transformará en bálsamo para sus heridas. Mirar a Cristo no desembocará fácilmente en promover actividades nacidas en el seno del activismo estéril. El misionero intentará sembrar alrededor lo que (previamente) ha cultivado en la esfera de su interioridad, tras procurar traer consigo mismo la «preciosa compañía» del Señor (V 12,2).

Teresa contribuye a la misión alentando sus fundaciones, mediante el establecimiento de su Orden. También desarrolla su misión, ¡y de qué manera!, a través de sus libros; están reple-

33 [Disponible en web: http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/homilies/1970/documents/hf_p-vi_hom_19700927_it.html / Consulta: 05.02.2015].

tos de las maravillas que Dios ha realizado en ella, al tiempo que indican el deseo de que estos mismos dones lleguen a otras almas. También contribuye a la misión con los textos suyos referidos a los frailes, de los que habla aludiendo a las virtudes que han de poseer. Y, por supuesto, advierte que lo que sostiene su misión son sus ratos dedicados a orar; y es que todo lo que hace lo atribuye a la oración³⁴.

4. TRABAJO³⁵

Teresa es bien consciente de que Dios quiere que trabajemos, de que el trabajo nos hace bien a nosotros y de que el trabajo es necesario para que el mundo siga adelante. Es necesario trabajar para vivir, sirviendo a los otros y, muy especialmente, a los que tenemos más cerca. Al vivir ella dentro del contexto conventual, es evidente que las indicaciones que ofrece sobre el trabajo quedan preferentemente incluidas en este marco concreto. Trabajar bien es una manera clara, concreta e inequívoca de vivir con coherencia el Evangelio del Señor. La Santa le dice al Señor que «si me mandáis trabajar, morir quiero trabajando» (P 5). El valor del trabajo, entonces, lo entiende subordinado a la obediencia a Dios.

Teresa prescribe cuidadosamente las normas de trabajo en el nuevo estilo de vida religiosa querido por Dios y por ella misma. Se inspira en Evangelio de Nazaret, en el Jesús de Belén y en el Calvario y también en el modelo de Pablo trabajador (cf. C 2,9; Const 3,1). Cada una de las hermanas ha de esforzarse y trabajar para que coman las demás (Const 9,1). Valora tanto el trabajo que afirma que, incluso, la recreación comunitaria es un momento compatible con el trabajo (las hermanas llevarán a ella «sus labores»). La Santa, con inteligencia perspicaz y con finura evangélica, tumba de plano el código de honras y categorías intramonásticas; apostilla con tesón que la tabla de barrer se comience desde la madre priora (Const 7,1). Luego todas las hermanas han de conjugar en primera persona

34 Cf. Garrido, J. M., «La misión en las cartas»..., p. 274-313.

35 Cf., T., «Voz «Trabajo», en *Diccionario de Santa Teresa. Doctrina e historia...*, p. 632-635. Si queremos hallar una obra en la que se vea con letra e imágenes los lugares en los que vivió y trabajó la propia Teresa, aconsejamos acudir a Álvarez, T. – Domingo, F., *Inquieta y andariega. La aventura de Teresa de Jesús*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 1981.

el significado del verbo trabajar. Evita escorarse en el polo extremo, y por eso se ve obligada a manifestar su deseo de que el trabajo no sea una fuente de ansiedad³⁶ (Const 3,2).

La Santa valora todo el camino de aprendizaje que el sujeto ha de asimilar, admitiendo que «nada se aprende sin un poco de trabajo» (CV 29,9). Dicho aprendizaje y dicho adiestramiento obtienen de Dios su paga; es más: Dios da regalos subidos y grandes mercedes a los que han trabajado mucho en su servicio (cf. Conc 5,3). Incluso en los estadios más perfectos de los que trabajan en la viña del Señor, acontece una paradoja de lo más sorprendente; el significado de esta paradoja lo viven los que aman como Dios espera. Ellos son los que tienen por descanso el trabajo (cf. E 5; P 25).

La mística de Teresa desemboca en las obras. La oración ha de fructificar en obras, y son las obras las que legitiman la autenticidad de la oración. «Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor y si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio no se te dé nada de perder esa devoción» (5M 3,11). Marta no es contraria a María, ya que nunca dejan de andar juntas las dos (cf. Conc 7,3). Teresa valora las obras que redundan en bien del prójimo y, particularmente, en beneficio de la comunidad religiosa. En sus moradas quintas apunta el valor del procurar tomar trabajo por quitarle al prójimo, cuando se ofreciere (5M 3,12). Esta indicación tiene resonancias paulinas, si escuchamos que el apóstol de los gentiles nos invita a sobrellevar los unos las cargas de los otros, para cumplir de este modo la misma ley de Cristo (cf. Gál 6,2). Se intuye que la Santa quiere que valoremos y agradezcamos el trabajo de los demás; trabajo que ha dado unos resultados, de los cuales nosotros ahora podemos gozar con descanso (cf. F 27,11). Junto a lo expuesto, la Santa valora la relación directa que existe entre fraternidad y trabajo; cuando se da una «gran hermandad» es posible (como ocurrió entre sus hermanas) que cada una trabaje lo más que puede (cf. F 28,41).

El trabajo y las obras que lo definen son los frutos de todo el ejercicio oracional valorado primorosamente por la mística abulense. Si la oración es mimada por la Santa no menos lo son las obras en las que desemboca dicha oración. Obras de amor

36 Cf. Álvarez, T. «Voz Trabajo», en *Diccionario de Santa Teresa. Doctrina e historia...*, p. 632-634.

a Dios y de amor al prójimo. Asegura Teresa que el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho (F 5,2; 4M 1,7). Y este amor se despliega en obras, obras, obras. Teresa no se cansaría nunca de trabajar, si los trabajos en que estuviera involucrada siempre fueran por «tan gran Dios y Señor y Esposo» (5M 4,12).

La Santa experimentó personalmente no solo lo que significa trabajar, sino también lo que significa trabajar mucho. Es en esta atmósfera del trabajo donde ella tiene que «hurtar el tiempo» para escribir. Vive en medio de «hartas ocupaciones» (V 10,8). Ocupaciones que para ser llevadas a cabo, presuponen la ayuda de la gracia divina (cf. V 37,3). Si la disposición interior del que obra existe, no ha de temerse que se pierda el trabajo (cf. CV 18,3). De todos modos, la Santa está con los pies en el suelo y expresa que a veces los trabajos que le pide el Señor superan «su natural»; en estos momentos siente el consuelo del Señor que le asegura que «la obediencia da fuerzas» (F pról. 2). Un consuelo que aparece intensificado cuando uno compara los trabajos propios con los pasados por el Señor, cuando llevaba la cruz a cuestas (cf. F 5,9).

Considera que su misión de escribir es también un trabajo; un trabajo cuyo destino ha de ser la alabanza al Señor. En el caso de que se llegue a esta alabanza, el trabajo se torna en «trabajo dichoso», portador de remuneración para la Santa (cf. V 49,23). También valora otros trabajos, como los que fortalecen a las personas con las letras, la buena vida..., cuyos frutos ayudan al Señor (C 5,3,2). En Teresa de Jesús el escribir, según afirma ella en algunas escenas de sus obras, le supone «un gran trabajo y trabajos que le cuesta»; comparte con sinceridad que la causa de estos trabajos de expresión escrita tienen su origen en el voto de obediencia. Es por esto por lo que ella interpreta lo que hace como algo «bien empleado» (F 27,22).

Es evidente que Teresa es una trabajadora y una luchadora infatigable (como ejemplo está lo que señala en la Carta 167,32); ella misma lo reconoce cuando constata que en el trabajo gustaba ser la primera (F 19,6)³⁷. Valora el trabajo constante, como el del obispo que se ha ido al Burgo, y al que alude en F 30,9.

37 Es fácil darnos cuenta de esto cuando acudimos a Fernández Conde, F. J., «Santa Teresa de Jesús, mujer de «Trabajos, dineros y negocios»», *Studium Ovetense*, 30 (2002) 554-564.

Un trabajo que se sabe en manos de la providencia del Dios que nos auxilia con lo necesario (cf. Const 2,1).

Ella valora el trabajo manual (F 18,1; también Cartas 120,10 y 156,9). En el contexto de sus fundaciones el trabajo no la asusta; nos asegura que jamás dejó de hacer algo por miedo del trabajo (cf. F 18,5). El trabajo, según nos dice, es para ella particularmente intenso en este marco de las fundaciones; asegura que ninguna fundación ha querido el Señor que se llevase a cabo sin mucho trabajo suyo (cf. F 24,15). A algo parecido alude cuando piensa en algunas reformas (Carta 93,10).

Teresa espera que los trabajos obtengan frutos y obras de altura, partiendo de «altos pensamientos» (CV 4,1). Lo que Teresa no pide, por lo demás, es que se hagan trabajos que no convienen por alguna razón (Const 2,2).

Viene a insinuar que el trabajo humano, aunque valioso, es pequeñísimo, comparado con los dones de Dios. Lo que un «alma pobre» no puede acaudalar en veinte años, con cansancio del entendimiento incluido, puede hacerlo el hortelano celestial en un punto (V 17,2). La voluntad humana es poderosa, pero la gracia de Dios a su lado es incomparablemente mejor y más eficaz. Eso sí: Teresa lo que nos pide es superar la tentación de la pereza; ésta nos incita a querer huir del trabajo, y si le hacemos caso al final todo nos cansa (Carta 167,17).

Habla también de lo que podríamos denominar trabajo espiritual, que permite crecer en la virtud. A este respecto, valora el trabajo de resistencia interior, comparándolo con las batallas libradas por el alférez, que ha de defenderse con lo que hoy se denominaría en psicología una sana resiliencia (cf. CV 18,6). El fin de los trabajos del espíritu humano es la obtención de la victoria; para que ésta llegue es menester que persista encendida la llama del esfuerzo y del ánimo (cf. CV 19,2)³⁸.

Es evidente, por todo lo que venimos apuntando, que Teresa no entiende a la comunidad contemplativa (a la que ella sobre todo se dirige cuando escribe) como una sociedad humana en la que no se dé alternancia de la oración con el trabajo (cf. 5M 3,11). Teresa quiere intercalar ambas en el horario de un día

38 Sugerimos ampliar textos teresianos sobre el trabajo revisando cuidadosamente los que se nos proponen en Martí, J., *Diccionario del Pensamiento de Santa Teresa de Jesús*, Ed. Edicep, Valencia 1981, p. 437-443.

cualquiera. El trabajo es importante, y ha de compatibilizarse con la oración y con la vida perfecta³⁹ (cf. F 5). Es menester olvidarnos de nosotros mismos; entonces estaremos en condiciones de poseer y de transmitir un amor fuerte, intenso, gratuito y metido en Dios. Entonces acontece el milagro en el ámbito de los trabajos: lo mejor que hay dentro fructifica fuera... Las obras activas salen de la raíz interior y se muestran admirables⁴⁰.

5. FE⁴¹

La espiritualidad de Teresa es sabedora del puesto decisivo de la fe en la maduración del hombre y en la salvación de todos los hombres. Aunque la maldad del ser humano sigue estando presente sobre la faz de la tierra, la fe nos lleva a creer que el amor de Dios no se apaga ante dicha maldad. La fe, para Teresa, esconde una capacidad inusitada de persuasión. Nos convence internamente de que el Dios que nos ha creado nos sostiene y nos atrae hacia la eternidad que ya nos está ofreciendo.

¿Qué nos pide Teresa a los creyentes? Teresa quiere que nos pongamos ante Dios con la actitud del niño. Si no nos hacemos como niños no entraremos en el reino de los cielos (cf. Mt 18,3). Superando cualquier tipo de tentación pelagiana, la Santa nos sugiere creer firmemente, con determinación determinada, que Dios sostiene todo nuestro ser y nuestro obrar. Esto nos lleva a ejercitar una praxis en la que se integra sinérgicamente nuestro esfuerzo unido a la lúcida conciencia de que todo está en manos de Dios.

La fe reconoce y admite con gran sorpresa que el Dios que nos crea, nos llama y nos santifica es un Dios bueno. Esto, incluso, espanta a Teresa que llega a afirmar que «muchas veces he pensado, espantada, de la gran bondad de Dios, y regalán-

39 Cf. Álvarez, T., «Voz Trabajo», en *Diccionario de Santa Teresa. Doctrina e historia...*, p. 634.

40 Cf. Herraiz, M., *Discernimiento espiritual...*, p. 73 y 74.

41 Cf. García, C., «Teología y espiritualidad de la fe», en Álvarez T. (Dir.), *Diccionario de Santa Teresa. Doctrina e historia...*, p. 297-303; Martín Velasco, J., *Testigos de la experiencia...*, p. 125-145; Briñas, Á., *Teresa de Jesús, maestra en la fe*, Ed. Centre de Pastoral litúrgica, Barcelona 2001; López Díaz-Otazu, A. M^a., *Experiencia de fe en Teresa de Jesús*, Ed. Narcea 1981; Castro, S., «La fe, descubre estético y reclamo de unidad en Teresa y Juan de la Cruz», *Pastoral ecuménica*, 91 (2013) 28-50.

dose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia» (V 4,10). Admitir esta inmensa bondad de Dios ha de llevarnos a todos a superar las tentaciones que quieren que nos creamos indignos de un amor de Dios tan inmenso.

La fe de Teresa es una fe, ante todo, experimentada. Una fe vivida y una experiencia de fe comunicada. Su sabiduría, originada en la fe y en la experiencia, le procura un saber más claro y cierto que cualquier conocimiento. La prepara para discernir eficazmente la verdad, la autenticidad y el origen divino de las vivencias y estados de conciencia por los que pasa⁴².

Su fe es una fe firmemente radicada en la revelación, así como en la «fe de la Iglesia» o en la «fe católica». Esto le da seguridad y confianza. Se estremece al saber por la fe que el Señor quiere estar con nosotros (V 14,10). Su fe crece en total adhesión a la Escritura y a las leyes de la Iglesia. En relación a la Iglesia, esta mujer de profundas experiencias personales asegura que no la moverían un punto las revelaciones personales que pudiera tener (V 25,12). Las fundaciones de la Santa buscan que esta fe eclesial «vaya en aumento» (R 4,10). Se trata de la fe cuyo núcleo es el misterio salvífico. Ésta es la causa por la cual la Santa se fija primeramente en el misterio trinitario, con su famoso anhelo de oírlo, creerlo y entenderlo; en el amor del Padre como fuente de todo bien; en la redención del Hijo y en los misterios que su persona esconde; y en la salvación que se da y se recibe en la Iglesia, medio de salvación ante el cual ningún alma debiera perderse⁴³.

La experiencia de la fe teresiana alberga dos características que testimonian cómo vivió ella misma su proceso de maduración creyente. Estos rasgos son la dinamicidad y el personalismo. El primero indica que la suya ha sido una experiencia en la que se han experimentado y (después) se han puesto por escrito unas señales alusivas al movimiento, a la actividad y a las operaciones de la gracia en Teresa. El segundo aclara que la experiencia creyente de Teresa ha estado definida esencialmente por el contacto íntimo y continuo con otra realidad divina o persona divina, bien se denomine Dios, la Trinidad o Cristo. Aquí encontramos las grandes realidades que han nutrido y han

42 Cf. Martín Velasco, J., *Testigos de la experiencia...*, p. 127-128.

43 Cf. García, C., «Teología y espiritualidad de la fe», en Álvarez, T. (Dir.), *Diccionario de Santa Teresa. Doctrina e Historia...*, p. 297-301.

guiado su personal experiencia de vida espiritual⁴⁴. El contacto con Dios, vivido en la Iglesia, garantiza la autenticidad de la fe; esto es indispensable para que la fe sea verdadera. Es la Iglesia donde ella quiere vivir y morir (V 25,13).

Tres buenas ayudas para crecer en la vida de la fe son el conocimiento propio, el desprendimiento y la sumisión⁴⁵. Son recursos que enriquecen admirablemente el dinamismo creyente. El conocimiento propio ya que, al tiempo que vemos nuestras grandes limitaciones y nuestra gran pobreza personal, reconocemos —en la fe— todo lo que hemos recibido de Dios, hecho que precisamente nos despierta a amar (cf. V 10). El desprendimiento porque permite la captación creyente de los bienes encerrados en la «santa pobreza» (C 2), alienta el disfrute de la «ordinaria alegría» (F 27), y asegura que haya «más espíritu» (F 14). La sumisión ya que nos ayuda a adelantar en la virtud (F prólogo), a hacernos señores de nuestra voluntad, conformándola con la de Dios (F 5) y a «dejar hacer» al Señor de la casa (C 17).

El hombre creyente descubre su capacidad abisal y la hondura de su ser gracias a la dinámica progresiva del creer; gracias al relacionarse con las personas divinas que llenan los vacíos interiores y que sacian los espacios más hondos de la ontología humana⁴⁶.

Nuestra respuesta de fe al plan de Dios es un don divino, sin que exista razón para que Dios nos haga «tan gran merced» (V 15,7). Es una fe que se forma y se nutre mediante el conocimiento y la asimilación de las verdades de fe. En este sentido son decisivos tanto el comprender bien estas verdades como el mantener una buena intención. Con estos presupuestos la fe puede ir creciendo poco a poco, porque posee un dinamismo interno que pretende una sólida maduración. En el crecimiento gradual de la fe son determinantes la adhesión plena a Dios (mediante el encuentro personal con Él), la aceptación provechosa de la purificación (que limpia en el creyente todo lo que

44 Cf. García Ordás, A. M^a., *Teresa de Jesús. Presencia y experiencia (claves de interpretación)*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 2011², p. 125.

45 En relación a estos tres recursos que redimensionan y fortalecen el dinamismo de la fe encontramos una selección de textos teresianos que se localiza en Sánchez, D., *Santa Teresa al mundo de hoy. 463 textos*, Ed. Comisión IV Centenario de Santa Teresa, Salamanca 1981, p. 108-115; 170-173; 174-176.

46 Cf. Castro, S., *Ser cristiano...*, p. 212-213.

precisa ser saneado) y la oración (partiendo de que se ora como se cree y se cree como se ora [ahí está el adagio que aglutina este pensamiento: *lex orandi, lex credendi*])⁴⁷.

Por otro lado, la comprensión que trae la fe no es algo meramente ideológico o conceptual; se trata de una comprensión vivencial (Conc 1,2), dentro de las coordenadas de las experiencias holísticas⁴⁸.

Teresa insiste en no pocas ocasiones en que la fe que intenta vivir y que quiere enseñar ha de abrazar la vida entera. No es un compartimento estanco, ajeno al resto de la vida del cristiano. Fe y vida o vida y fe componen un tándem existencial en el que ambos ejes se exigen y se complementan recíprocamente. Ya hemos aludido a que la Santa ve que Marta y María han de andar juntas (7M 4,12). El Dios en el que cree Teresa es un Dios con vocación de ser hallado en todas las cosas. Nos recuerda al Dios buscado internamente por el mismo San Ignacio de Loyola. La fe del creyente teresiano es, entonces, una «fe viva»; pide reconocer a Dios en todo, en orden a hacer su voluntad. Acerca de distintos matices de esta fe viva nos habla la Santa en V 19,5; 27,9; 27,17; 42,2; C 34,6... Si no tenemos fe viva Dios no nos habla; cuando la fe está muerta en nosotros caemos en la tentación de querer más nuestras cosas que lo que la propia fe nos dice y pide⁴⁹.

6. RECOGIMIENTO⁵⁰

El recogimiento favorece el contacto místico de la persona con Dios. Un contacto que consiste en buscar a Dios en noso-

47 Cf. García, C., «Teología y espiritualidad de la fe», en Álvarez, T. (Dir.), *Diccionario de Santa Teresa. Doctrina e Historia...*, p. 301-303.

48 Cf. Castro, S., *Ser cristiano...*, p. 213.

49 Cf. García, C., «Teología y espiritualidad de la fe», en Álvarez, T. (Dir.), *Diccionario de Santa Teresa. Doctrina e Historia...*, p. 303. Tenemos la oportunidad de ahondar estos pensamientos en López Díaz-Otazu, A. M^a., *Experiencia de fe...*; y, por supuesto, revisando las muchas entradas sobre la «fe» en Astigarraga, J. L. (Ed.), *Concordancias de los escritos... (vol. I)*, p. 1146-1147.

50 Cf. Ros García, S. *El modo de oración de Santa Teresa*, Ed. Carmelitas Descalzas, Alba de Tormes (Salamanca) 2004, p. 19-24; Cuartas Londoño, R., *De la dispersión al recogimiento*, Ávila 2002 [Disponible en web: <http://www.citesavila.org/web/docftp/Recogimiento%20en%20la%20oraci%C3%B3n%20teresia.pdf> / Consulta: 30.11.2014]; de Jesús, T., *Moradas / Moradas cuartas*, cap. 3º, Ed. Monte Carmelo, Burgos 1999; de Osuna, F., *Tercer abe-*

tros, siguiendo la consigna del «búscame en ti» que irá desembocando paulatinamente en un encontrarnos a nosotros en Dios, desde el axioma del «búscate en mí».

Es evidente que el contacto con el Dios Trinidad, el contacto con lo divino, significa el reconocimiento de la realidad de la propia presencia divina; presencia divina ciertamente existente y reconocible en la oración teresiana, en la categoría de sobrenaturalidad que acompaña al alma y en la dinámica de la revelación de la propia presencia divina. El encuentro de Teresa con Dios acontece en el recogimiento y en la lejanía frente al ruido y frente a lo ruidoso. Despliega la facultades intelectuales para abordar sapiencialmente el *intelligere* del altísimo misterio trinitario. Alienta la posibilidad de experimentar, en lo hondo de la persona, la presencia habitual de la Trinidad. Determinarse a vivir según la clave del recogimiento faculta al ser humano para degustar fruitivamente la radicalidad de lo humano cuando contacta con lo divino⁵¹.

Es en el contexto del recogimiento, de lo íntimo, de lo no ruidoso, donde acontecen las dos experiencias de conversión de Teresa⁵². Están asociadas a dos experiencias vividas y entendi-

cedario espiritual, Ed. BAC, Madrid 2005; Álvarez, T., *Revisión del texto, notas y comentario a las Moradas cuartas* [Disponible en web: <http://www.revistaeclesia.com/santa-teresa-de-jesus-las-moradas-moradas-cuartas-capitulo-3-revision-del-texto-notas-y-comentario-tomas-alvarez-o-cd> / Consulta: 30.11.2014].

51 Cf. García Ordás, A. M^a., *Teresa de Jesús...*, p. 55-122.

52 De ellas se nos habla en De Pablo Maroto, D., *Santa Teresa de Jesús. Nueva biografía (Escritora, fundadora, maestra)*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 2014, p. 153-161. Estas conversiones hacen de ella, como de ella se dice en el título del capítulo 6º de esta obra de D. de Pablo, una «mujer nueva». Secundino Castro alude, por su parte, a 5 conversiones en la vida de Teresa. La 1ª de ellas sería la conversión a la gracia (vivencia comprometida de la gracia, con toma de conciencia del vivir cristiano). La 2ª se circunscribe a la vida religiosa (cuando en el Monasterio de Santa María de Gracia contacta con María de Briceño y recupera la ilusión infantil que la persuade de que el estado religioso es su propia vocación). La 3ª se localiza en el areópago de la oración (caracterizada por una decisión y determinación personal a no abandonar ya nunca el diálogo con Dios, gracias a las indicaciones del P. Vicente Barrón). La 4ª conversión es la que queda plasmada en el capítulo 9º de su autobiografía, con el telón de fondo de una imagen muy expresiva de Cristo (que le recuerda el misterio de Dios, hecho llagas y amor por nosotros). La 5ª conversión es la total y definitiva (en la que, en el gozo inmenso del desposorio espiritual, Cristo en persona le promete que ya no ha de gustar de las conversaciones de los hombres, sino de los ángeles [V 24,7; 21,12; 6M]) (cf. Castro, S., *Ser cristiano...*, p. 49-50).

das desde su misma interioridad⁵³. La primera, la más conocida, en la que experimenta un cambio de mente y corazón, acontecida cuando contempla una imagen de Cristo llagado. Ella nos habla de esta imagen, que «era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía (...)». La segunda, la que. D. de Pablo Maroto nombra como conversión «definitiva», en la que lo que existió fue sólo la acción misteriosa y sanadora del Espíritu Santo, porque todo pasó en lo interior, en lo más profundo del alma. Esta segunda permite que Teresa hable del paso a una vida nueva; apunta que hay un antes y un después del acontecimiento. Hace que hable como de dos vidas. Una que era la suya, anterior a la segunda conversión. Otra que manifiesta que vivía Dios en ella y que la capacitó para salir «en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras» (V 23,1).

El recogimiento nos ayuda a caer en la cuenta de que no hay que dejar reducida la oración a un mero ejercicio intelectual. La oración atraviesa el ejercicio mental, y aunque lo asume no se deja encerrar en él o limitar a él. La oración va más allá del pensamiento, aunque lo utilice para el encuentro con Dios. El recogimiento enseña que lo nuclear es el amar mucho. Esto sí aprovecha al alma (cf. F 5,2; 4M 1,7). El recogimiento está asociado a la oración, hasta el punto que podemos hablar con Teresa de una oración de recogimiento: «llámase recogimiento porque recoge el alma todas las potencias y se centra dentro de sí con su Dios» (CV 28,4). Se persigue que el entendimiento se recoja, para alcanzar los muchos bienes de dicho ejercicio.

Salvador Ros enumera dos tipos de recogimiento en la espiritualidad teresiana. Uno sería el recogimiento activo y otro el recogimiento pasivo⁵⁴.

53 Una interioridad que, por otro lado, no significa en ella asfixia en lo subjetivo. Su yo más íntimo da indicios de estar asociado y dirigido por los mensajes dados objetivamente por Dios en la Escritura. Para ampliar la información sugerimos leer Sánchez Caro, J. M., «La Biblia en Castillo Interior de Teresa de Jesús», en Sancho Fermín, F. J. - Cuartas Londoño, R. H. (Coords.), *Las moradas del Castillo Interior de Santa Teresa de Jesús. Actas del IV Congreso Internacional Teresiano en preparación del V Centenario de su nacimiento (1515-2015)*, Ed. Monte Carmelo, Ávila 2014, p. 123-158.

54 A experimentar en nosotros estos dos recogimientos se nos invita en Ros García, S., *El modo de oración...*, p. 20-24.

El 1º (activo) invita a representar a Cristo dentro de nosotros. Despierta la capacidad de escucha, el posicionamiento en actitud receptiva, la búsqueda de un clima de silencio y de calma interna. Estamos ante un recogimiento que depende especialmente de nosotros, de nuestro querer y de nuestra voluntad. No es algo sobrenatural. Estamos vocacionados a lograrlo dándonos cuenta de que Dios está ahí y nosotros delante de Él. Un auxilio positivo para el recogimiento activo es la utilización de un libro, «para presto recogerse» (V 9,5; CV 26,10). No digamos si ese libro es el mismísimo Evangelio (CV 21,4). Una facultad humana que entra en juego en este tipo de recogimiento es la imaginación, que ayuda a traer a Jesucristo dentro de nosotros mismos (V 4,7). No se trata especialmente o sólo de visualizar la imagen del Señor junto a nosotros, sino de ver además que nos enseña con amor y humildad (CV 26,1). Esto aviva la fe, que tiene su propia capacidad visual. Se nos pide concentración y recoger los entendimientos. Aquí ayuda mucho desocuparse de todas las cosas exteriores y recoger los sentidos (CV 34,7).

El 2º (pasivo) nos invita a tener en cuenta las facultades pasivas de nuestro ser interior. Podemos constatar que este recogimiento parece más sublime o acabado que el recogimiento anterior. Pone su acento en lo inmediato, en lo amoroso, en lo simple, en lo sencillo... Se asocia al conocimiento intuitivo del amor, a la simplicidad gnoseológica... Posibilita admirablemente la centrada concentración en el centro, en lo esencial. Estamos ante la metodología comunicativa y expresiva empleada por los amantes. Las miradas en ellos hablan más que los gestos y que las palabras (cf. V 27,10). El recogimiento pasivo teresiano integra los elementos del amor y de la mirada. El hombre se capta como sujeto pasivo, agraciado por el amor y por la mirada de Dios. El espiritual llega a la conclusión de que es mirado por Dios. No pretende razonar sino estarse junto a su Dios con «acallado entendimiento» (V 13,22). El recogimiento pasivo le ayuda al hombre a gozarse con su Señor, a mirar que le mira, a callar, a acompañar...

El recogimiento —en Teresa— queda asociado a una constelación de significados entre los cuales se hallan los que siguen: clausura, encerramiento, estrechura, quietud, arrobamiento, embebecimiento, enajenamiento, éxtasis, rapto, suspensión, satisfacción, paz, oración de quietud, oración continua, suavidad, monasterio, santidad, honestidad, estancia a solas con Dios, ganancias, sobrenatural, meditación, alabanzas de Dios, levan-

tamiento de espíritu, regalo, consuelos de Dios, visión, paz interior muy regalada, gran luz interior, trato de Dios... Sólo con ver el listado anterior podemos intuir fácilmente los beneficios del recogimiento. Sí, son muchos. Los libros teresianos en los que se habla de ellos son *Libro de la Vida*, *Fundaciones*, *Camino de Perfección*, *Moradas*, *Relaciones*, *Constituciones*, *Modo de visitar los conventos* y *Cartas*⁵⁵.

En el recogimiento podemos entregarnos a Dios del todo, sabiendo que Dios «no se da a Sí del todo hasta que nos damos del todo» (C 28,12). El recogimiento nos invita a estar con los ojos cerrados, atentos a Dios y atentos a centrarnos en nuestro centro. Nos persuade de que Dios nos entiende con pocas palabras y nos ayuda —después— a distinguir al Señor en medio de la multitud, como le ocurrió a Simeón. Nos habilita para disfrutar de los «contentos» (parcialmente gratuitos) y de los «gustos» (enteramente gratuitos) venidos de Dios. El recogimiento nos lleva de la mano «al interior del castillo», evitando que nos dejemos seducir por los cantos de sirena de la periferia (3M 2,8)⁵⁶.

7. FRATERNIDAD⁵⁷

En el capítulo 7º de *Camino de perfección* la Santa nos ofrece pistas a la hora de vivir el amor en grupo. Ella tiene en mente al grupo de las doce o trece amigas e hijas suyas. Está convencida de la necesidad de este amor fraterno, y así lo sugiere y lo promueve. Es muy consciente de lo que significa, en pleno

55 Esto se amplía con precisión acudiendo a Astigarraga, J. L. (Ed.), *Concordancias de los escritos...* (vol. II), p. 2343-2344.

56 Cf. Mas Arrondo, A., *Acercar el cielo...*, p. 101-105. Es cierto que la santa aprovecha el recogimiento para meditar sobre los misterios de la vida de Cristo, para valorar la soledad, para disfrutar del «encogimiento suave a lo interior», para descubrir el silencio, para identificar el interior como lugar sagrado, para recoger las potencias humanas (memoria, entendimiento y voluntad), para reconocer la comunicación secreta de Dios en el centro del alma, para gozar de la amistad íntima con Dios, y para ejercitarse en la paciencia (cf. *ibid.*, p. 120-123).

57 Cf. Murillo, J., «Voz Comunidad (en Santa Teresa de Jesús)», en Álvarez T. (Dir.), *Diccionario de Santa Teresa de Jesús...*, p. 377-381; Francisco, *Mensaje con motivo del V centenario del nacimiento de Santa Teresa*, Vaticano 2014 [Disponible en web: <http://www.conferencia-episcopal.es/index.php/mensaje-francisco-v-centenario-santa-teresa.html> / Consulta: 30.11.2014].

siglo XVI, que una mujer haga estas invitaciones. No obstante, no se asusta y no frena su pluma. Aunque algunos digan que basta tener a Dios, Teresa apostilla que buen medio es para tener a Dios tratar con sus amigos. Afirma la Santa que es crucial que, ante todo y sobre todo, en el grupo no falte el amor. En efecto, aunque sea imperfecto, no ha de haber vacío de amor⁵⁸.

Nuestra doctora de la Iglesia expresa su deseo de que quiere más que se quieran y amen tiernamente y con regalo, que no que haya un punto de discordia⁵⁹. Así va creciendo y madurando la fraternidad. Una fraternidad que lejos está de ser una perfecta *congregatio angelorum*. Teresa pisa tierra y sabe que está en la tierra; por eso sus palabras muestran a las claras que el amor que alienta la fraternidad ha de saberse encarnado en la realidad.

Habla del «apasionado amor», de las «lágrimas, penitencias y oración», de los «deseos y contento», del «ni poco ni mucho interés propio»... Promueve que el hermano esté ganoso de «ver rica el alma del amigo». Los verbos que va conjugando en torno al concepto de fraternidad (vivir como hermanos/as en el convento) son condolerse, holgarse, apiadarse, quitar de trabajo al otro, sentir y sentir mucho... Sustantivos unidos a dicho concepto son inquietud, desasosiego, paz, conformidad...⁶⁰.

Teresa aún a las dos manifestaciones axiales de cualquier amor que quiera llevar el apelativo de cristiano: verticalidad (amor a Dios) y horizontalidad (amor a los hermanos)⁶¹. Ambos ejes de la fraternidad se integran en la búsqueda de la *koinonía*. La atmósfera que debe generarse ha de brotar de personas abiertas a Dios, que buscan ser afables, agradar y contentar a las personas que tratan (cf. C 41,7).

Los elementos peligrosos que erosionan y dañan la fraternidad son aquellos asociados a la pestilencia incurable del amor

58 Cf. Álvarez, T., *Comentarios al «Camino de Perfección» de Santa Teresa de Jesús*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2011, p. 47ss. Aquí basamos nuestros pensamientos sobre lo que significa la fraternidad y el amor (fraterno) para la santa.

59 C,7. No obstante, el teólogo revisor de esta obra le anotó al margen del texto «Váyase con tiento, conforme a la nota del capítulo» (Álvarez, T., *Comentarios al «Camino de Perfección»...*, p. 48).

60 Cf. Álvarez, T., *ibid.*, p. 48-49.

61 Cf. Herraiz García, M., *Solo Dios basta...*, p. 267-302.

faccioso, capaz de quebrar la unión del grupo de amigas consagradas. A Teresa esto la aterra y por eso grita que, antes de incurrir en tan gran mal, «yo más querría entrarse en este monasterio un fuego que nos abrasase a todas» (C 7,11). La división de la fraternidad dentro de la vida religiosa, Teresa la interpreta como algo letal. Creemos que no le falta razón.

Los hermanos han de saberse condoler con los trabajos del otro, al mismo tiempo que han de holgarse con sus alegrías. Esta terminología viene a ser, como indica el teresianista P. Tomás Álvarez, una traducción teresiana de la consigna de San Pablo: «*gaudere cum gaudentibus, flere cum flentibus*» (Rm 12,15)⁶².

La fraternidad crece con las obras y se expresa a través de ellas. Aman mucho más las obras que las palabras, y esto es precisamente lo que la Santa abulense persigue y recomienda: obras, obras... Claro lo deja en 5M 3,11: «que no hermanas, no: obras quiere el Señor». Obras de amor a Dios y al prójimo. Obras que enseñen el amor auténtico en el grupo. Obras que tengan por compañero al sacrificio. Obras que nazcan de la matriz de la generosidad y de la gratuidad. Obras que nos ayuden a los unos a llevar las cargas de los otros para así cumplir la ley de Cristo (Gal 6,2ss).

La fraternidad, que ha de acompañarse de la transparencia en el trato, ha de estar marcada con el sello de lo humano. La Santa invita a tener ternura en la voluntad (C 7,6). El que quiere ser y vivir como un buen hermano de los otros hermanos ha de tener una virtud: ser capaz de enternecerse. ¿Con quién? Con los hermanos y con Dios. Es precisamente la cordialidad el toque teresiano que evidencia y garantiza el bueno y verdadero amor.

La fraternidad puede tener dos tentaciones gravísimas. La Santa es bien consciente de ellas. La una es el sentimentalismo y la otra la amistad en bandillos. En relación a esto último es evidente que el amor que se cultiva en un grupo cerrado huele a exclusivismo. Apunta Teresa que «cuando esto hubiere, dense por perdidas» (C 7,10).

Teresa ama la fraternidad comunitaria, como signo fehaciente de que el Evangelio puede ser vivido en la vida concreta de

62 Cf. Álvarez, T., *Comentarios al «Camino de Perfección»...*, p. 49.

un grupo de consagrados o consagradas. Se trata de una fraternidad que expresa que la caridad es vivida en grupo, siempre con la ayuda del Espíritu. No estamos ante algo baladí de la espiritualidad teresiana; tan importante es para ella la caridad común que incluso la sitúa como condicionamiento para el crecimiento en la oración. Llega a asegurar que es una cosa necesaria para las que pretenden llevar camino de oración (C 4,3). No sólo es una cosa necesaria en el universo espiritual teresiano, sino que es la primera: «amaros mucho unas a otras» (C 4,3). Se trata de un amor mutuo que está acompañado de virtudes evangélicas, tales como la comprensión, la humildad, el desasimiento, la generosidad, la fortaleza y la prudencia. Estas virtudes, enlazadas a la fraternidad, contribuyen a cultivar una atmósfera propicia para la comunión⁶³.

La Santa valora mucho la fraternidad de aquellos y aquellas que, en sano ambiente de amistad, pueden practicar juntos la oración, dialogar sobre ella y corregirse los defectos que pudieran surgir... Dicho en síntesis: la Santa estima la fraternidad como medio para crecer en la vida espiritual y, más concretamente, en la vida de oración⁶⁴. La fraternidad deseada por la Santa está sustentada por tres fuertes convicciones: es el Señor quien ha convocado a las hermanas (C 1,5; 3,1.10; 8,3); es el Señor el que mora con ellas (V 35,12); y es el Señor el que cuida de ellas (C 2,1). Es evidente que, con estos presupuestos, la fraternidad en la que cree Teresa tiene visos de continuidad y garantías de pervivencia. Constatamos felizmente que su comprensión de la vida fraterna está sellada por el equilibrio de elementos diversos. Ahí está su buena valoración de la soledad (Const 8), con lo que ésta ayuda al silencio contemplativo y a la meditación de la Palabra. Ahí está su aprobación a las oportunidades de relación, en las que la palabra es entendida como un magnífico medio comunicativo. Ahí están, por un lado, los actos litúrgicos y, por el otro, el diálogo espiritual privado (Const 7). También ahí están las recreaciones, en las que la fraternidad se despliega en ambiente distendido hablando de lo que más

63 Cf. de Pablo Maroto, D., *Dinámica de la oración*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 1973, p. 262.

64 Cf. *ibid.*, p. 263. Teresa defiende que las hermanas puedan establecer trato fraterno y amistad con otras personas que tienen experiencia de oración. Esto ayuda a crecer y a defenderse de peligros, tal y como anota en V 7,20-22.

gusto dé a las hermanas (Const 26,28). Todo esto indica, a fin de cuentas, que la fraternidad querida por la Santa integra el espíritu con la vida y la liturgia con la fiesta.

En orden a que la vida fraterna no se desvirtúe, Teresa fija que la comunidad religiosa esté constituida por no muchas hermanas: 13, primero, que se ampliarían más tarde hasta 21. Cuidar la fraternidad exige que las hermanas sean «escogidas», para poder configurar un grupo selecto, de personas orantes, virtuosas, de buen talento y entendimiento, psíquicamente equilibradas, capaces de vivir unidas y de crecer. Ante todo y sobre todo han de ser capaces de vivir la fraternidad desde el amarse las unas a las otras, desde el ayudarse, desde el perdonar, desde el ser misericordiosas... Teresa defiende una fraternidad que siempre se sabe en crecimiento, que quiere formarse y sabe formar a las jóvenes que llaman a la puerta. Una fraternidad que, integrando a buenos cristianos, busca la propia santificación y el ofrecimiento oblato de la vida en beneficio de la Iglesia y de la humanidad. Una fraternidad que, en definitiva, sintetiza en la vida de los hermanos la firmeza con la serenidad, la radicalidad evangélica con la delicadeza en el trato, la fuerte unión del grupo con la capacidad de irradiar la vida nueva que late dentro del mismo⁶⁵.

La Santa postula que el amor cristiano verdadero es encarnado y concreto, no separado de la historia o del tiempo. Es un amor que está motivado por la fe. Un amor que respeta las leyes sanas de la sensibilidad y de la afectividad. Un amor no abstracto, impulsado tanto por la revelación de Dios como por la fuerza el Espíritu⁶⁶.

CONCLUSIÓN

Las siete claves que acabamos de desgranar evidencian que el humanismo teresiano está impregnado de una hondísima vivencia mística. La mística de Teresa es defensora de una espiritualidad encarnada y alejada de angelismos; su propuesta pretende alcanzarle al ser humano el don de la transfiguración, alcanzando a todo el ser e incluyendo al mismo cuerpo. Reco-

65 Cf. Murillo, J., «Voz Comunidad (en Santa Teresa de Jesús)», en Álvarez, T. (Dir.), *Diccionario de Santa Teresa de Jesús...*, p. 376-380.

66 Cf. Castro, S., *Ser cristiano...*, p. 311-313.

noce S. Castro que Teresa propone un camino ético tendente a la acción, cimentándose en el paradigma del mismísimo Jesús de Nazaret. En Jesús y hacia Jesús la Santa va construyendo todo el edificio de la maduración antropológica; un edificio en el que la armonía es fiel testigo de que unas virtudes se van completando y enriqueciendo con otras. Todas juntas van configurando el ser humano soñado y defendido por Teresa; este queda definido por elementos constitutivos tales como la alegría contagiosa, la dulzura en el trato, la serenidad interior, la paz del rostro, la comprensión del otro y la síntesis de la acción y la contemplación⁶⁷. Un ser humano completo, vaya, que ha visto cómo las fibras de este espacio de abajo se iban enhebrando pacientemente con las gracias que llegaban del otro espacio de arriba, de Dios.

Las siete claves de la espiritualidad teresiana despliegan todo su significado manteniendo siempre una serie de premisas. La 1ª premisa es la fidelidad a Cristo y a su Iglesia, con el deseo de no fiarse de uno mismo, de estar fortalecido cultivando una fe viva y educada conforme a las enseñanzas de la Iglesia (sin moverse «un punto» de lo que esta tiene [cf. V 25,12]). La 2ª premisa consiste no sólo en permanecer en la doctrina de la Iglesia, sino en amarla verdaderamente. La 3ª premisa se asocia a la exquisita sensibilidad bíblica de Teresa, partiendo del convencimiento de que —para la Santa— la Sagrada Escritura brinda y supone una seguridad absoluta. La 4ª premisa nos invita a descubrir, con asombro, el extraordinario sentido litúrgico de Teresa; sentido que no era común en su tiempo y que la capacita para valorar la Eucaristía, el Bautismo y los sacramentales. La 5ª premisa nos pide reconocer que, aunque Teresa fue una mujer altamente carismática, quiso y supo someter sus carismas personales al control del carisma oficial y de sus decisiones. La 6ª premisa nos exhorta a admirar algo que quizás no sea conocido por muchos: la vida de la Santa —y también la de sus hijas— se configuran como oblación agradable a Dios en beneficio de los sacerdotes. Los sacerdotes son los ministros eclesiales por los que ellas aman, ofrecen sus vidas, se mortifican, hacen penitencia y se queman a fuego lento... La 7ª premisa (ya insinuada en la clave de la misión del presente artículo) nos lleva a mirar a Teresa de Jesús como la mujer portadora de encendi-

67 Cf. *ibid.*, p. 326-327.

das ansias de apostolado. Ella expresa que tiene sed de almas, al tiempo que tiene cuidado de múltiples aspectos de la vida de sus prójimos. Posee sanos ímpetus de trabajar en la evangelización, aunque esta honorable empresa —en su contexto conventual y oracional— no le fuera enteramente posible⁶⁸.

Dios es amigo de «ánimas animosas», configuradas en humildad y carentes de confianza en sí. Partiendo de esta convicción, Teresa alza la bandera del animarse a cosas grandes (V 13,2). Sí, es preciso tener altas metas, altos ideales y altos proyectos para la vida; nuestro esfuerzo ha de unirse a la ayuda de Dios, que nunca nos faltará. Dios «nunca se cansa de dar, ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir» (V 19,15)⁶⁹.

Manuel SÁNCHEZ TAPIA

68 Cf. Jiménez Duque, B., *Encuentros Teresianos...*, p. 37-39.

69 Los lectores que deseen profundizar en la espiritualidad teresiana tienen referencias particularmente interesantes en los estudios de Kaufmann, C., *El lenguaje de los místicos en Santa Teresa de Jesús*, Ed. Cristianisme i Justícia, Barcelona 2009 (acerca de la expresión literaria teresiana); Ros García, S. (Ed.), *365 días con Teresa de Jesús*, Ed. San Pablo, Madrid 2011 (con orientaciones diarias para la meditación espiritual y el crecimiento personal progresivo); Diego Sánchez, M., *Bibliografía sistemática de Santa Teresa de Jesús*, Ed. Espiritualidad, Madrid 2008 (con generosas indicaciones bibliográficas de distintos estudios alusivos a la santa abulense); Castro Sánchez, S., *El fulgor de la palabra: nueva comprensión de Teresa de Jesús*, Ed. de Espiritualidad, Madrid 2012 (lectura actualizada de la persona y del mensaje de Teresa). Hay sabrosas meditaciones teresianas, así como informaciones detalladas de la conmemoración del V centenario del nacimiento de la santa, en www.stj500.com; www.santateresadejesus.com; www.paravosnaci.com/santa-teresa; http://www.cervantesvirtual.com/bib/bib_autor/santateresa; <http://www.revistateresadejesus.com>; <http://www.amigosdeteresa.es>. Sobre rutas de peregrinación teresiana sugerimos al lector www.huellasdeteresa.com [Consultas: 12.02.2015].

